

Los susurros

Guille siempre había vivido en la miseria. Las grandes historias pasaban delante de él, y cuando al fin llegaba, ya era demasiado tarde. Periodista sin suerte, soñador sin audiencia, decidió jugar su última carta con un rumor: niños desaparecidos en un pueblo olvidado.

El lugar no aparecía en los mapas. Los lugareños lo llamaban “Voz”, aunque nadie supo decirle por qué.

El camino serpenteaba entre colinas cubiertas de niebla. Las copas de los árboles formaban un túnel natural, y el aire olía a humedad. De pronto, el coche se detuvo. No fue una avería normal: fue como si algo lo ordenara detenerse, aunque tampoco era de extrañar, el sueldo no le daba para comprarse un coche decente.

Al salir, vio una señal clavada junto al camino, hecha de madera podrida:

VOZ.

Guille rió con nerviosismo, rezaba por que fuera una broma o simplemente el nombre que se le daba a ese pueblo. Pero al internarse en el bosque, comenzó a notar la palabra grabada en los árboles, una y otra vez. Algunas letras parecían recién talladas.

Y entre el silencio, una música, suave, extraña, como un cántico de muchas bocas que susurraban sin coordinarse, era hermosamente aterrador.

El sonido lo guió hasta un claro donde el bosque se abría. En el centro, una estructura de piedra circular, medio devorada por raíces. En el suelo, un símbolo grabado con precisión ritual: una espiral rodeada de runas que parecían moverse con la luz de la luna.

Sobre el altar, pequeñas ofrendas: huesos de animales, juguetes viejos, y un cuenco lleno de una sustancia negra que no era agua ni sangre... algo intermedio... eso quería creer.

Y sobre todo, un libro. Antiguo, de cuero. Al abrirlo, Guille leyó palabras en un idioma que no conocía, aunque su mente las entendía:

“Nosotros, los sin garganta, damos forma a la Voz, nuestra voz es la única que merece ser entendida. En cada luna nueva, un eco se ofrece. El que escuche, será escuchado. El que hable, será vacío.”

De pronto, los susurros del bosque se intensificaron. Las sombras entre los árboles se movían, observándolo.

La música creció hasta formar un cántico, dulce, imposible, como si el aire mismo tuviera lengua.. O cuerdas vocales.

Guille retrocedió, pero el suelo vibró bajo sus pies. El cuenco negro empezó a hervir, y una voz —una voz de mujer, vieja como la tierra— surgió de él:

—Tu voz... tiene que unirse con nosotros...

Guille intentó correr, pero sus piernas no respondieron, estaba paralizado, vió a la mujer...la garganta la tenía completamente abierta... Y los ojos completamente arrancados. Las raíces del suelo se alzaron, rodeando sus tobillos.

El aire olía a hierro, y su garganta ardía. Intentó gritar, pero solo salió un susurro:

—No quiero...porfavor

La voz respondió, cada vez más cerca, como si hablara dentro de su cabeza:

—No importa lo que quieras. El bosque siempre cobra su palabra...Tu voz merece ser poseída...

Entonces, una sombra emergió del círculo. Era una mujer hecha de corteza y carne, con ojos que destellaban como brasas y la boca cosida con hilos de raíz.

Extendió su mano hacia él, y cuando lo tocó, Guille sintió cómo algo le era arrancado...sintió como le desgarraba la garganta y le arrancaba las cuerdas vocales...

El silencio que siguió fue absoluto. Ni el viento se atrevió a soplar.

Días después, los aldeanos hallaron su coche al borde del bosque, intacto. No encontraron su cuerpo, pero en el altar pagano había un nuevo cuenco con líquido negro, y una nueva inscripción grabada en la piedra:

“Su voz canta con nosotros.”

Esa noche, bajo la luna, el bosque volvió a susurrar. Entre los cánticos antiguos, una voz nueva se unió a la melodía...Una voz humana, temblorosa, desesperada:

“Ayuda...”

Pero nadie escucha los susurros